

equivalente a propuesta de inversiones de capital en obras u otras actuaciones destinadas a proporcionar bienes y servicios. Y tales proyectos no deben considerarse solo para la distribución presupuestaria, sino para la realización con todos sus condicionantes. En obras, singularmente, con el cumplimiento de los plazos de ejecución que son básicos para determinar amortizaciones y rentabilidades y en consecuencia para los análisis de selectividad que de otro modo serían invalidados.

Simultáneamente, con el interés por la ordenación del territorio, o quizás con algún pequeño desfase, ha ido creciendo el interés por la economía regional. Anteriormente los economistas, más ocupados por los ciclos en el tiempo o los problemas a escala nacional, continental o planetaria, prestaban poco atención a la organización espacial de la economía a nivel de regiones. Tal organización sólo fue objeto de estudio de algún profesor centroeuropéo —quizás por una preocupación federalista—, pero no por las escuelas anglosajonas en las que la localización no era considerada como una variable importante.

Hoy se considera cada vez más necesaria una estrecha colaboración entre planificadores y economistas para la que éstos últimos tendrán que saltar sus barreras disciplinarias y asimilar conocimientos procedentes de las investigaciones del geógrafo, del urbanista y del sociólogo.

En los estudios de planificación regional —básicos para la ordenación del territorio— se debe considerar de modo explícito desde el punto de vista económico, la influencia de la localización industrial y de las distancias virtuales de transporte, de la distribución espacial de la población y de los centros de actividad a través de las nuevas técnicas de: modelos de gravedad, multiplicadores regionales, modelos de decisión, programación lineal, análisis *input-output*, estudios de costes-beneficios y análisis de sistemas.

Existe una preocupación creciente por la macroeconomía regional que aspira a la prognosis de variaciones a corto y a largo plazo en las actividades del área considerada, en términos de la interacción de algunas variables paramétricas (índices de consumo, importación y exportación, *ratios* capital-producción, etc.). Pero no puede extenderse la teoría macroeconómica al análisis regional sino es considerando en profundidad las características diferenciales de las regiones. En la ordenación regional se tropieza con diferencias importantes en cuanto a densidad demográfica, actividad agrícola o industrial, frecuentación turística, etc.

Los asentamientos urbanos con sus distintas dimensiones originan una jerarquía; dominan los núcleos mayores, focos de atracción de los movimientos migratorios y hay una tendencia de la industria a concentrarse en las zonas de mayor desarrollo por un proceso autosostenido. Pero a pesar de inevitables inercias hoy pueden variar los criterios de decisión en materia de localización industrial y por el progreso tecnológico —singularmente en las posibilidades de transporte— puede decirse

que una gran parte de la industria «no tiene raíces».

En el aspecto económico no puede olvidarse la integración de las regiones en un marco interregional. Podrá haber contradicciones entre los objetivos de las diferentes regiones, lo que dará lugar a presiones de sus representantes políticos cerca del Gobierno para modificar los planes previstos o conseguir un trato preferente en la asignación de los fondos del Estado. Tales presiones pueden ir en contra de la optimización del destino de los créditos; por ello debe reforzarse la postura del Gobierno como árbitro absoluto de las decisiones de inversión de acuerdo con una rigurosa jerarquía de objetivos. Desde luego que esta consideración cobra singulares perfiles en nuestro país con el expectante funcionamiento de los regímenes autonómicos.

La planificación debe ser respaldada por un poder ejecutivo fuerte que garantice su realización a través del cumplimiento de los programas, paliando o corrigiendo todas y cada una de sus consecuencias negativas que no hubieran sido previstas. A esta circunstancia se debe el éxito de las *Authorities* que establecidas como agencias semiautónomas del Gobierno en un marco geográfico regional o local, arbitran y controlan los recursos suficientes para llevar a cabo diversos programas. Este fue, por ejemplo, el caso de la transformación del Valle del Tennessee —basada en el aprovechamiento integral del río de ese nombre hasta entonces temido por sus devastadoras crecidas— primera de las realizaciones dentro de la política del *New Deal*, que fue la respuesta de la Administración Roosevelt a la gran depresión de 1929.

En todo caso cualquier planificación requiere un compromiso político a largo plazo, institucionalizado, con una Administración inmutable en cuanto a unos objetivos suficientemente debatidos y justificados, para que lo planificado sobreviva a los posibles cambios de régimen político.

Los modelos de localización deben ir acompañados de estímulos positivos. El Estado con sus fondos creará las infraestructuras y servicios que atraigan al inversionista privado a escala suficiente para hacer posible el despegue y la potenciación del desarrollo, venciendo la dura competencia de las regiones de solera industrial mucho mejor equipada en todos los aspectos. Al mismo tiempo se ayudará con una serie de incentivos: exenciones o reducciones fiscales, acciones concertadas, cesión de terrenos comunales, subvenciones oficiales, habilitación de líneas especiales de créditos a medio o largo plazo con bajo tipo de interés, reducción de tarifas aduaneras, etc. En algunos países como Inglaterra se ha establecido la llamada *imposición diferencial* con una escala de valores en que los máximos corresponden a la zona de Londres.

No se oculta que esta diversificada ayuda financiera debe ser grande para ser eficaz —o sea, para que la competencia con las regiones industrializadas sea real— y pueda imponer una carga excesiva al

tesoro público restando disponibilidades para otras alternativas más rentables. Pero tampoco hay que olvidar el carácter preferente de los aspectos sociales en la ordenación del territorio para la corrección de desequilibrios regionales.

A ello contribuirá la creación o intensificación de la industria en las zonas rurales más deprimidas, la reorganización de la agricultura y la redistribución de la población excedente, tratando de lograr un proceso autosostenido de desarrollo, basado en el ahorro regional y en la ampliación de los mercados en la región. Tales actuaciones requerirán un cambio de estructuras que deberá inscribirse con carácter preferente en las tareas de Gobierno.

A través de este breve comentario puede adivinarse el interés del libro de referencia que aporta un interesante esquema de teorías y experiencias sobre el planeamiento regional y el análisis en que éste debe basarse con sus aspectos de localización de actividades, programación de inversiones ajustadas a las fases previstas y ayudas económicas selectivas en función, esencialmente, tanto de la rentabilidad como de la corrección de desequilibrios. Temas todos muy importantes para los profesionales, integrados en equipos multidisciplinares, a quienes compete la honra de ordenar y estimular el desarrollo de su país. *Olegario LLAMAZARES*.

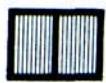
Psychanalyse et Urbanisme. A Mitscherlich

Gallimard. París, 1980.

Alexander Mitscherlich, médico y escritor secundo, es actualmente director del Instituto Sigmund Freud, de Francfort. Sus diversos libros responden a un *leit-motiv* común y ciertamente muy interesante en la época en que vivimos: la misión responsable del psicoanalista en la organización de la sociedad y su aportación en los enfoques socio-históricos para analizar los grandes temas de nuestra civilización.

Al abordar en el libro que comentamos el gran tema interdisciplinar que es el Urbanismo, desde el ángulo del psicoanalista y del psicosociólogo, se mantiene en duro censor de los planificadores que, a su juicio, y como consecuencia de una mentalidad dominante tecnicista, olvidan que la ciudad se hace para que la habiten seres humanos.

El libro es todo un *Yo acuso* al Urbanismo, basado hasta ahora, sobre ideas fijas: eliminación de deficiencias técnicas, establecimiento de medios rápidos de comunicación, aprovechamiento intensivo del suelo, etc., pero olvidando las comunicaciones afectivas que fueron tan permanentes y vivas en la era preindustrial.



Bibliografía

El problema es cada vez más grave por los avances tecnológicos y la hipercconcentración poblacional; con ello la ciudad corre el riesgo de dejar de ser un *biotopo* de hombres libres, para transformarse en un ambiente social que cataliza violencias y degeneraciones.

Esta es la gran preocupación del autor que señala las insuficiencias de los órganos planificadores, sin el complemento de la opinión de la comunidad concebida como una unidad espiritual y no como sociedad comercial. Censura que sobre una auténtica y necesaria moral urbana *lato sensu*, primen las apetencias estéticas del urbanista, las ambiciones empresariales o los caprichos de los propietarios.

Contra tales graves riesgos debe surgir el psicoanalista como conciencia crítica, presente con participación activa en toda creación de estructuras para el *habitat* humano. Hay que luchar contra la auto-destrucción de la cultura urbana de la que en tantos casos somos testigos y contra la hipocresía de ciertos aspectos que pretenden presentarse como sociales.

Insiste en que la planificación no se haga con ausencia de los planificadores, situación corriente en los países occidentales, que, en consecuencia, no difiere de la de los países socialistas.

Contra esto se puede argumentar basándose en la actual preocupación por un análisis y consideración de los intereses colectivos, tanto en cuanto a beneficios como a incidencias negativas de los planes de ordenación urbana o las infraestructuras viales, sanitarias o de otra índole que éstos necesitan. Son bien conocidas las nuevas tendencias a potenciar las preceptivas informaciones públicas con debates en los que se discutan ampliamente los intereses generales de los planes a realizar, así como los sectoriales o particulares que puedan aceptarse, por lo que contribuyan a mejorar las ciudades en sus ensanches o remodelaciones. Enmendando anteriores defectos se trata de adoptar un Urbanismo a la medida del hombre que subordine la rentabilidad puntual al interés general, que renuncie a decisiones válidas para horizontes suficientemente alejados. La experiencia, poco satisfactoria en muchos casos, debe servir para evitar los mismos errores que se han revelado como inoperantes y perjudiciales para la estructura y funcionamiento de la ciudad.

Por la vocación del autor es lógico el énfasis que pone en el concepto de *calidad de vida*, de acuerdo con las tendencias del humanismo moderno que trata de integrar al ser humano —con su múltiple dimensión— en el marco que le ha tocado vivir. Un *leit motiv* prioritario de los planificadores es tratar de hacer accesible esta calidad a todos los ciudadanos y de ahí que aparezca la idea, incluso constitucional, del derecho para conseguirla en su conjunto de factores espirituales y materiales. Tal circunstancia postula una fuerte actuación jurídica y un aumento de la intervención administrativa que conjugue muchos fines distintos y, a veces, antagónicos, sometidos a la ineludible función arbitral de la autoridad política.

El Dr. Mitscherlich analiza las neurosis que provocan las grandes concentraciones urbanas y esboza una propuesta terapéutica para los supuestos básicos de la planificación (*). Se trata de que la ciudad por sus posibles defectos de concentración e incomunicación social no pueda contribuir a posibles alienaciones.

Esa alienación o enajenación del mundo actual que, como tantos pensadores han repetido, constituye uno de los problemas más graves de la sociedad de la opulencia, la *affluent society* de Galbraith que en los países más avanzados enlazará pronto con la civilización tecnotrópica o posindustrial. La alienación como fuerza extraña, a nosotros que nos nos deja ser lo que realmente somos —y este es el resumen de setenta años de psicoanálisis—, ese hombre capaz de amor constructivo y creador que, en forma más o menos escondida, todos anhelamos.

Hay que proteger al hombre con una ciencia al servicio de lo humano y tal necesidad cobra su más imperativa atención en las grandes aglomeraciones del megapolitismo actual, cada vez más numerosas en los países industrializados y con riesgo de repetirse en los que se encuentran en vías de desarrollo. Ante la destrucción de la Naturaleza por nuestro empeño en dominarla y ante la destrucción del hombre por olvido de los factores psicosociales que progresivamente le envilecen, no cabe demora de actuaciones basadas en una rigurosa prospectiva científica.

Constituye, en consecuencia, este libro una llamada para que la ciudad vuelva a ser un medio ambiental donde el ciudadano pueda arraigar su personalidad y establecer lazos permanentes con los hombres y las cosas que le rodean, pensar en los viejos y en los niños y aceptar la amplia y variada participación que le corresponde en la comunidad urbana.

Recuerda el autor la nueva concepción de comunidad de Le Corbusier y la idea de ciudad *sicotopo*, de Richard Neutra, con focos de reposo psíquico que generan afectos duraderos y mejoran las relaciones con nuestros semejantes.

La planificación, en el aspecto que preocupa al autor, o sea, la consideración del bienestar del ciudadano en todos los niveles de su existencia debe interesarse cada vez más por la compleja realidad de la vida en sociedad y exigir, con tenacidad insobornable, que el medio urbano y su condicionamiento haga esta vida soportable al hombre de hoy.

Para quien escribe estas líneas, acostumbrado a supuestos y normas de la planificación tecnológica, las acusaciones del autor le parecen quizá exageradas —sobre todo por la firme voluntad de los poderes públicos para evitar los anteriores defectos de planeamiento, como ya se

dijo— y además de difícil concreción o materialización en los planes ordenadores. Claro que miramos, inevitablemente, desde un ángulo del amplio campo urbanístico, de modelos geométricos y funcionales, donde es difícil introducir los conceptos del psicosociólogo.

Pero no negamos el valor de las propuestas del autor hacia un urbanismo más humanizado, al mismo tiempo que apreciamos su cordial preocupación por «adaptar el hombre al medio, considerando la biopatología de la civilización industrial». O. LLAMAZARES.

(*) El tema se ha tratado también en otro libro traducido al idioma español, al que remitimos al lector interesado, A. MITSCHERLICH, *Tesis sobre la ciudad del futuro*. «Alianza Universidad». Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1977.